Septiembre 12, 2010

Ventajas y desventajas de un tirano decrépito

La mala noticia ya la sabemos: Fidel Castro no se murió. La buena nueva es que está decrépito. Con 84 años en las costillas el resucitado se sostiene en pie a duras penas y se expresa con dificultad. Si antes se vanagloriaba de tener una memoria de elefante, ahora las cifras mal aprendidas le nublan el entendimiento. Recuerda que para deslumbrar a sus interlocutores leyó algo sobre la teoría del origen del universo, pero confunde los 18 000 nombres que vio en la lista negra de opositores que le enseñó Ramiro Valdez con los 13 500 millones de años que mencionan los físicos cuando hablan del Big Bang. Le suena la teoría de la evolución de las especies de Darwin, pero no sabe de dónde le viene la idea de que la vida surgió en la Tierra hace sólo 4 000 años. Tal vez asoció los 3500 millones de años que mencionan los científicos con las ganancias que le dejan sus negocios turbios con Chávez.

A juzgar por sus propias palabras, el tirano decrépito descubrió que el mundo al que retornó de la gangrena intestinal que le quiso arrancar la vida es un mundo confuso y loco. Un mundo confuso donde por alguna razón desconocida no ocurre el cataclismo nuclear que predijo a fuerza de puro razonamiento lógico…de su decrépito cerebro. Un mundo alocado donde él se esfuerza en decir una cosa y todo el mundo parece darse gusto en hablar de otra. Donde hasta sus periodistas favoritos dicen haber escuchado con sus propios oídos exactamente lo opuesto de lo que él quiso decir.

Padecer una tiranía es una desgracia. Pero dentro de la desgracia, es una ventaja indiscutible para los que luchan por sacudirse de la tiranía castrista el saber que el tirano está decrépito. No es que Castro haya dejado de ser lo que fue: un genio del mal y de la intriga. Es que ahora se equivoca a menudo. Ya nadie se entusiasma escuchando a un viejo achacoso repetir la misma letanía con la lentitud desesperante de la avanzada edad. Ya nadie puede escuchar con seriedad los alardes de humanismo de un megalómano sin escrúpulos que suplicó a los rusos iniciar un cataclismo nuclear. ¿Cómo creer que un viejo tirano que entierra en vida a sus opositores en las cárceles cubanas y mantiene a su pueblo en la miseria pueda querer salvar a la especie humana?

Las ventajas para unos son desventajas para otros. Para aquellos que viven de las migajas que reparte el clan de los Castro no es una buena noticia el presenciar al resucitado Don de la Mafia de La Habana haciendo el ridículo. Impotente, el eterno heredero ha tenido que soportar en silencio las predicciones cataclísmicas de su locuaz hermano. El ministerio del exterior cubano ha sido testigo mudo de cómo Castro ha empeorado las relaciones con México y Francia con sólo abrir su boca. Hasta sus aliados externos se sienten incómodos por los deslices de quien preferirían haciendo compañía al Che Guevara. ¡Cuánto no daría Chávez por poder declarar dramáticamente mientras sepulta los restos mortales de su maestro: levántate Fidel que no es hora de morir! Y es que a Chávez en nada lo han ayudado las rotundas afirmaciones de su maestro. Mientras Chávez trataba de convencer a los venezolanos de que Colombia estaba a punto de atacarlos, Castro no se contenía en decir lo que todo el mundo sabía: que Colombia ni quería ni estaba interesada en provocar un conflicto con Venezuela. ¿Y qué decir de la noticia que recorrió el mundo? “El modelo cubano no funciona ni siquiera para nosotros,” le confesó Castro a un periodista de la izquierda estadounidense. Inmediatamente los

periódicos de la oposición venezolana y nicaragüense publicaron la noticia en primera plana para embarazar a los discípulos locales del mentiroso más sinvergüenza que Gorbachov conoció. Los comunistas cubanos, los arribistas, los lacayos y sicarios de la tiranía, sorprendidos y temerosos, guardaron un silencio sepulcral en espera de la próxima movida del secretario general del partido comunista de Cuba. Los eternos admiradores de la mitología castrista creyeron leer entre líneas un supuesto guiño del viejo tirano al eterno heredero para que siguiera adelante con unas imaginarias reformas a lo irreformable. Para colmo de los colmos, el indeseable en persona se encargó de desmentir a su periodista favorito. Inmutable en su megalomanía infinita, perdido en este mundo alocado y confuso en que le tocó resucitar, Castro declaró: "Lo real es que mi respuesta significaba exactamente lo contrario de lo que ambos periodistas norteamericanos interpretaron."

Ahora, confusos y maldiciendo entre dientes al indeseable, los admiradores del legendario tirano caribeño deben estar tan interesados como sus detractores en la próxima travesura de la nueva estrella del entretenimiento internacional. Sus admiradores, para tratar de mitigar los daños que inadvertidamente pueda provocar la lógica inobjetable del decrépito cerebro del resucitado. Sus detractores, para sacar ventaja de la incontrolable megalomanía de Castro para la causa sagrada de recuperar para los cubanos la libertad que tanto ansían. Y es que con el retorno de Castro a la palestra pública los cubanos han recibido una segunda oportunidad. La preciosa oportunidad de ser ellos y no una gangrena intestinal los que envíen finalmente a Castro al basurero de la Historia.